

No
estarás
sola

La gran ciudad desconoce el significado de la palabra Soledad. No puede saberlo, cuando día y noche una muchedumbre deambula por sus venas y arterias. La gran ciudad en realidad desconoce incluso la existencia de la soledad: su corazón está tan abarrotado que ésta le oculta su cara mas amarga. Es como un cáncer que se extiende sin que la gran ciudad pueda hacer nada, y cada día se vuelve más gris, y más triste, y no sabe por qué. Se consume en su centenaria existencia sin saber qué es lo que no va bien, y lo peor es que la Soledad, esa enfermedad tan fácil y difícil de curar, es contagiosa. Se puede observar al caminar por las grandes avenidas, o al montarse en el metro, o en el autobús. Ojos huidizos incapaces de enfrentar una mirada o, lo que es mas grave, incapaces siquiera de enfrentarse a una sonrisa. Gente incolora que jamás recuperará su arco iris y personas que muestran su color cada vez más desvaído, sin ser conscientes de que van destiñéndose día a día, hora a hora, minuto a minuto. Esa es la vida en la gran ciudad, e incluso tiñe de penumbra los sueños de sus habitantes. Pero aun así hay esperanza. Siempre la hay.

Hoy es un despertar cualquiera, pero puede que sea diferente. Mónica se ha levantado de la cama con otro ánimo, aunque sea lunes, aunque haya que ir a trabajar. Y todo por un extraño sueño que, sorprendentemente, recuerda al levantarse. Y es que normalmente ella no recuerda sus sueños. En él, un niño de ojos grandes le ha dicho muchas cosas, aunque no todas permanecen en su Yo consciente. Pero hay una que sí que recuerda, porque justo en ese momento ha sonado el despertador. En su sueño, ella iba caminando por un bosque de hayas, altivas y a la vez humildes; una contradicción que solo se cumple en la naturaleza. El niño iba agarrado de su mano, y su tacto era suave pero firme, como si temiera perderse. Ella paró en un claro para observar la luz del sol penetrar a través de las altas copas de los árboles, y entonces el niño la miró con sus brillantes ojos y le dijo: “las casualidades no existen”. Y entonces, antes de que ella pudiera preguntar nada, sonó el maldito despertador, rompiendo en jirones ese espejismo, esa visión. La mano del niño se evaporó en las brumas del despertar, pero aún le parece sentir su calor en la palma. Tarda unos minutos en levantarse, tratando de conservar el recuerdo, pero consciente de que en unas horas se va a convertir en una vaga nube difícil de atrapar.

Y así se levanta de la cama. “Las casualidades no existen” se repite. ¿Cuál es el significado de este sueño? Se hace un té con la mente en otro sitio, demasiado dormida aún para pensar en el día que la espera. De repente, le molesta el silencio, y necesita escuchar una voz. Porque Mónica tiene colores aún, no ha adquirido el gris sucio de la

ciudad. En la radio, según la enciende, la voz del locutor anuncia una canción: “no estarás sola”. No llega a escuchar quien la canta.

*No estarás sola
vendrán a buscarte batallones de soldados
que a tu guerrilla de paz se han enrolado....*

Nunca ha escuchado esa canción, pero le gusta. Es triste y esperanzadora al mismo tiempo. Moja sus pensamientos en ese té de la mañana mientras la escucha y, cuando quiere darse cuenta, el fatídico reloj le informa de que llega tarde al trabajo. Se levanta apresuradamente, se pone sus zapatos de tacón y se lanza a la calle. Se encamina a la estación de metro de Manuel Becerra. Va tarareando inconscientemente la melodía y, hasta que no llega a su andén, no recuerda que se ha dejado la radio encendida. No le da demasiada importancia: sólo es un poco de vida en una casa solitaria. Mientras espera la llegada de su tren, escucha unos acordes de guitarra que suenan al fondo de la estación y que parecen acompañar su tarareo. Se da cuenta entonces de que ese músico sigue tocando la misma canción que llena su mente. Afina el oído, inclina un poco la cabeza y escucha parte de la letra...

*No habrá distancias
que no cubra cualquier hombre que te busque
No habrá rincón en que tu nombre no se pronuncie
No habrá misterio o duda en que tu presencia no luzca...*

Entonces el trueno ensordecedor del metro le impide escuchar más. Debe irse, ya llega tarde. Y así se monta en su vagón, con una masa de gente que lanza miradas fugaces a su alrededor, miradas que no hacen contacto con nadie. Allí se siente invisible, es una hormiga más. Se coloca a una esquina de la puerta para luego poder salir rápidamente. “Las casualidades no existen”. “Claro que existen”, se dice. “Hoy estoy viviendo una”. Además, la canción se le ha metido muy dentro, demasiado dentro como para expulsarla, y no puede evitar el seguir cantándola en su interior. Por una vez mantiene la cabeza alta, y observa las caras de sus compañeros de vagón: caras cansadas, caras enfadadas, caras tristes. ¿Cómo será mi cara? Coincide su mirada con la de un adolescente que está a cierta distancia, y decide no apartar la mirada. El

muchacho también se la mantiene, y le envía una sonrisa que atraviesa toda la monotonía del tren. Ella se la devuelve. Pero ya ha llegado a su destino, y ese contacto humano momentáneo ha desaparecido. Un destello de color en una mañana gris. El resto de los transbordos los vive tratando de encontrar otras miradas cómplices, pero no consigue ninguna más.

Cuando llega a su destino se baja del tren, casi esperando volver a tropezarse con los acordes de esa música perseguidora, pero no es así. No se oyen acordes en esa estación, y se encamina a su nada verde pradera: mesas corridas y más gente triste esperando la llegada de algo.

La mañana va pasando como siempre, lenta y rápida a la vez. Pasadas las horas, la música se ha quedado dormida en su mente, y el sueño casi se ha desvanecido. Cuando llega la pausa del almuerzo va al baño a lavarse las manos, y se queda delante del lavabo observándose en el espejo. Se siente extraña, pero no sabe por qué. Oye ruidos al fondo de los servicios: hay alguien más allí, aunque no sabe quien es. Y entonces, vuelve a pasar...

No estarás sola

siempre habrá quien se parta en dos en cada despedida

quien te de aliento cuando te des por vencida

Tu revolución llenará sonrisas

Yo la incorporé a mis aperos

del trabajo, a mi vida...

Una voz de mujer canta bajito pero con voz clara. Mónica se asusta. “Las casualidades no existen”. Le da miedo comprobar quien es la cantante, y sale apresuradamente del baño. De repente, las paredes se le caen encima, y no le apetece comer dentro de ese lugar; así que coge su tupper y sale a la calle. Camina un poco y ve un banco vacío con un poco de césped cercano. “Es mejor que nada” se dice, y se sienta allí. Comienza a comer mecánicamente, con los pensamientos perdidos en su casualidad. Porque alguien quiere decirle algo, porque las casualidades no existen. Al cabo de un rato, un hombre de unos cincuenta años se sienta también en el banco. Tiene aspecto despistado, y está estudiando unos papeles. Ni siquiera la ha mirado. Mónica saca su postre. Lleva un poco de fruta: un par de naranjas y alguna manzana. No puede contenerse, y le habla al hombre.

- Hola – El hombre la mira asustado-. ¿Quieres una naranja?

Al principio parece no comprender. Mira la naranja que Mónica tiene en la mano, y la mira a ella a la cara, por primera vez. Parece reaccionar.

- ¿Perdona?
- Bueno, da igual... - Se siente ridícula. ¿Por qué demonios le ha ofrecido una naranja a un desconocido?-. Lo siento...
- No, no... es que no te he entendido. ¿Me has ofrecido una naranja?

Mónica cada vez se siente más ridícula.

- Sí, la verdad es que sí, pero...
- Muchas gracias. Sí la quiero.

Sorprendida por la respuesta, le da la naranja. Los dos se la comen en silencio. Al terminar, el hombre le cuenta su historia. No es de Madrid, vive en Albacete. Está divorciado, y tiene dos hijos. Su ex-mujer se ha venido a Madrid con los adolescentes (un chico de 16 y una chica de 13) y él ha venido aquí a buscar trabajo para estar más cerca de ellos. Los papeles que está mirando le informan de sus entrevistas de trabajo. Mónica le ayuda a encontrar algunas direcciones, y luego le cuenta lo de la canción que la persigue.

- Pero... ¿Esa canción dice algo malo? – pregunta él.
- No, pero...
- Si no te dice nada malo, no se por qué te da miedo.
- Porque no lo entiendo...
- Lo desconocido suele dar miedo, pero no tiene por qué ser peligroso. Imagínate que yo hubiera pensado que tu naranja estaba envenenada, y que tú estabas loca- ella sonrío -. Entonces no habiéramos hablado. No sé, si tu canción no es mala, y piensas que alguien te quiere decir algo, deberías escucharla, ¿no?

Charlan un rato más, y al final intercambian móviles por si finalmente él encuentra trabajo en Madrid. Entonces Mónica vuelve a su oficina.

Sus compañeras le preguntan adonde ha ido, y ella dice que necesitaba tomar el aire. Se siente mucho mejor, ya no le da miedo la casualidad. Cuando se sienta en la mesa, decide hacer una última prueba. Le pide la radio a una compañera que suele llevar los auriculares por la calle, se los pone y la enciende. La rueda de la sintonización no está ajustada, y solo escucha estática. Gira despacio el dial y al fin tropieza con una emisora. Evidentemente, sigue sonando su canción...

No estarás sola
Siempre habrá quien te ayude a hacer las mudanzas
Quien te regale manos, flores, presencias
Sin pedir nada...

O naranjas. O cuentos. Porque la soledad nos la causamos nosotras mismas. Y siempre estamos a tiempo de remediarla. Vivamos donde vivamos. Seamos lo que seamos. Siempre podemos empezar nuestra propia revolución contra la dictadura de la soledad. Siempre.

FIN